

ARTÍCULO 4.º

Recompensas del amor de Dios.

Hemos dicho que Dios no es *ingrato*, y aun aquí en el mundo da recompensa centuplicada á lo que se hace por El.

La religiosa que ha procurado probar á Dios su amor con las diversas prácticas que acabamos de indicar, puede aún ¡ay! cometer algunas faltas; su buena voluntad no la exime completamente de las flaquezas humanas; pero cuando se aplica esta buena voluntad á *pensar en Dios, á hablar de Dios, á querer todo lo que Dios quiere, á mostrarse afectuosa con Jesús y María*, puede decirse que en cierta manera *conmueve* necesariamente el corazón de Dios, y este corazón conmovido derrama sobre ella gracias especiales en recompensa del amor que le tributa.

Entre estas recompensas indicaremos sólo dos, que son las que da Dios más ordinariamente: *la paz y la suavidad de carácter*. Decimos *ordinariamente* porque hay recompensas *íntimas* que da Dios á algunas almas, y de las cuales no tenemos que hablar (1).

(1) Los efectos del amor divino, según santo Tomás, son: *excitar interiormente santos afectos, causar gozo; traer paz, unir íntimamente con Dios; avivar el celo de la gloria de Dios*. (2.º 2.º, q. 28, a. 29.)

I

La paz.

Estar en paz es hallarse al abrigo de todo peligro.

Es no tener ningún cuidado por el día de mañana, en la seguridad de que, como el día de hoy y el de ayer, nos traerá lo necesario.

Es contar con una protección cierta, con un afecto constante, con un auxilio siempre seguro y presente.

Es, en una palabra, vivir como el niño, guardado, asistido y amado por su madre, que no tiene otro cuidado que el de obedecerla siempre.

He aquí *el estado* de la religiosa que ama á Dios y se ve amada de Dios.

Jesús durmiendo en la barca que conducía á sus Apóstoles, sacudida por la tempestad, he aquí *la imagen* que se presenta á la religiosa cuando se ve amagada de algún contratiempo ó agitada de temor: «*Jesús, se dice, está conmigo*», y se tranquiliza.

¿Acaso no ha oído ya varias veces aquellas dulces palabras del Dueño á quien sirve: «*No temas, aquí estoy*»? ¿No ha visto ya varias veces renacer la calma á su alrededor, en circunstancias en que, humanamente pensando, la tempestad debía sumergirla? Por eso su alma está siempre en paz, aun cuando se sienta sacudida por de fuera. Ora, y continúa como puede el trabajo que se le ha impuesto, y *espera* el socorro de Jesús.

Su única preocupación es *amar siempre más*, y atestiguar su amor con mayor fidelidad.

Y Dios para el alma que le ama, y en que habita,—lo hemos dicho ya una vez, pero lo repetiremos más explícitamente,—Dios es un *Padre* que provee á todas sus necesidades, y manda á sus criaturas que le den todo lo que le es necesario; un *Padre* á quien puede pedir y á quien puede quejarse; un *Padre* que para con ella será siempre bueno, siempre compasivo, siempre generoso.

Dios es un *Amigo* que perpetuamente se ocupa en alejar lo que podría turbarla inútilmente, afligirla y, sobre todo, manchar su inocencia; *Amigo* generoso, que la deja algunas veces bajo el peso de una pena necesaria para fortificarla y preservarla; pero sabe muy bien, de vez en cuando, compensar estos aparentes abandonos con inefables consuelos.

Dios es un *Señor* que la dirige con sabiduría y suavidad; un Señor poderoso, sin cuya voluntad nada puede hacerse contra esta alma; que puede enfrenar la malicia de las criaturas, y que sólo deja llegar hasta ella la medida de prueba, de inquietud, de enfermedad, de tribulación que en su sabiduría conoce que le es necesaria.

Dios es un *Médico* que asiste con afectuosa solicitud al alma que se le ha consagrado; pobre alma que en su contacto con el mundo ha contraído dolencias, enfermedades que exigen un *régimen* molesto, *amputaciones* dolorosas, *privaciones* muy sensibles; mas todo esto se hace con tanta delicadeza, con tan sabias pre-

cauciones, que el alma enferma, y en medio de agudos padecimientos, mira sonriendo á su *divino perseguidor* y le da gracias, amándole cada vez más.

Con estos pensamientos no *pasajeros*, sino *habituales* por una gracia especial concedida á la fidelidad, ¿cómo es posible que una religiosa no viva en paz, no sufra en paz y, sobre todo, no muera en paz?

Dios es *todo* para ella; las criaturas, cualesquiera que sean, no son más que *los agentes* de Dios con respecto á ella, que tiene la convicción de que Dios *convierte todas las cosas en bien para sus amigos, aun el mismo mal que les hacen los malos* (1).

Así, pues, en la práctica de la vida, ¿qué le importa que la estimen ó la desprecien, que la alaben ó la vituperen, que la eleven ó que la humillen, que le falten ó que le hagan justicia? En todo esto no ve más que *accidentes*: la *verdad*, el *todo* para ella es Dios y el cumplir su santa voluntad.

No ser nada, ser mucho, ser poco; mandar,

(1) «A excepción de *nuestros propios pecados*, todo lo que nos sucede, aun por los pecados de los demás es para nosotros voluntad de Dios bien notoria. Así Jesucristo llama á su *pasión*, consumada por hombres malos y perversos, *el cáliz que le da á beber su Padre*; así es como David se atreve á decir que el Señor había ordenado á Semet *que le maldijera*; y por eso también todos los amigos de Dios miran las persecuciones como gracias particulares, admirándose de que Dios se sirva de los hombres y de los demonios para ayudarlos á santificarse.» (*Avisos saludables.*)

obedecer, obedecer á uno ó á otro; verse humillada ú olvidada; carecer de algo ó estar atendida; hallarse muy descansada ó tener mucho trabajo; estar sola ó acompañada, y con la compañía que se quiera; ver delante de sí un largo camino ó no ver de la senda más que lo preciso para poner el pie; gozar consuelos ó sequedades y aun tentaciones en estas sequedades; gozar buena salud ó estar enferma ó achacosa é irse consumiendo con los años; ser inútil y sólo una carga para esa comunidad, á la que cabalmente había venido á servir; vivir mucho, morir pronto, morir en seguida, *todo le place*, porque sabe que todo es enviado, ó querido, ó permitido por su Padre celestial, su Dios á quien ama, su Dios en cuyo poder y sabiduría tiene la más completa confianza.

Por cierto que no es insensible ni al dolor físico ni á la pena moral; pero como el amor de Dios domina en ella, y la abnegación completa es el fruto de este amor, cuando padece se vuelve afectuosamente hacia Dios; examina si por su infidelidad ha sido la causa de que El se alejara, se le acerca con un acto de amor, y le dice, aun cuando sea llorando: «*Lo que Vos queráis, Dios mío, y no lo que yo quiero.*» «Y Dios, dice el venerable de Monfort, le quita todo escrúpulo y temor servil, le ensancha el corazón dándole mayor confianza, y le inspira un amor cada vez más filial.»

Por eso se halla tan *en paz*, que si Dios le diese á escoger, como lo ha hecho con algunos santos, entre la salud y la enfermedad, el desprecio y la gloria, contestaría á Dios sencilla-

mente: «*No me preguntéis lo que quiero: elegid, elegid Vos mismo, y eso será mucho mejor.*»

II

La suavidad de carácter.

La segunda recompensa del amor á Dios es *la suavidad en las palabras, en los modales, en el carácter.*

Siempre se nos pega *algo* del carácter de las personas á quienes amamos y con quienes vivimos familiarmente; y cuanto más íntimas son nuestras relaciones, tanto mayor es la comunicación de ideas, de pensamientos y maneras.

He aquí por qué el alma unida á Jesús mediante el amor, la oración afectuosa, la meditación hecha con regularidad y la sumisión más completa á la voluntad divina; el alma que, según una expresión simbólica, pero adecuada, ha llegado á *licuarse* en Jesús, tomando, por decirlo así, la forma de las ideas y de los pensamientos de Jesús, como el agua toma la forma exacta del vaso en que se vierte, á esta alma se le pega algo de *la dulzura* y de *la humildad* de Jesús.

Esto se observa, sobre todo, en las almas que, como hemos dicho al hablar del amor á la Santísima Virgen, se han aplicado á vivir en *la vida de unión con María*, acostumbrándose á estar siempre en la presencia de la Santísima Virgen, y ejecutando cada una de sus acciones con ella y por ella, en esa dependencia completa

y absoluta que las hace como esclavas del amor de esta buena madre.

La religiosa que de este modo se une á la Santísima Virgen con toda la fuerza de su voluntad para amar, para servir y para más agradar á Jesucristo, aun cuando sea naturalmente de genio áspero, de carácter duro é intratable con los demás, se va haciendo poco á poco sufrida, amable, complaciente, bondadosa; y esta dulzura, esta benevolencia y esta bondad, aumentan á medida que aumenta su unión con María y su amor de Dios.

Le sucede lo que á los frutos verdes, que á medida que se acerca la madurez cambian en jugo suave y dulce su acritud y aspereza; ó también, como dice san Francisco de Sales, «lo que sucede á las frutas agrias y ácidas por naturaleza, que confitadas con azúcar y miel se impregnan hasta el punto de hacerse dulces como azúcar y miel».

Así que ya no se ofende ni se irrita por esas contrariedades que antes le hacían penosa la vida; los que la tratan se admiran de verla cada vez más apacible y risueña al oír de sus labios palabras más dulces y al observar en ella modales más sencillos. Muéstrase llena de benevolencia para con las demás y, sobre todo, de compasión por sus flaquezas; si por su cargo está obligada á usar de rigor, sus correcciones van tan mezcladas con buen acierto, acompañadas de tanta dulzura, que se ve cómo realmente *Dios está en ella, habla y obra por medio de ella.*

«Esta regla es tan segura, añade un piadoso

autor, que cuando veáis á personas piadosas cuyo genio se agría fácilmente por las menores faltas que ven en los demás, podéis pensar, no ciertamente que estén fuera del camino del deber y de la perfección, pero sí que no están todavía *bastante unidas con el buen Dios, y, sobre todo, que no aman todavía bastante á la Santísima Virgen.*»

El alma que está bien unida á Dios puede sentirse profundamente herida y cruelmente desgarrada por cualquier motivo de pena que le sobrevenga y de cualquiera persona que le venga esa pena; pero no perderá jamás ni la paz interior, ni aun la calma y serenidad del rostro.

«¡Oh! ¡qué bueno es, exclama san Francisco de Sales, amar á Dios, no vivir más que en Dios, no trabajar más que en Dios, no alegrarse sino en Dios, no hacer nada que no sea para gloria de Dios!»

De ahí viene al corazón el olvido del mundo y de sí mismo, la destrucción de todo vicio, el deseo de toda perfección.

De ahí viene la modestia en el porte, la dulzura en el hablar, la afabilidad en el trato, la serenidad en el rostro.

De ahí la sencillez del corazón, la mansedumbre en las injurias, la humildad en las alabanzas, la resignación en las adversidades, la paciencia en los trabajos, la alegría en las enfermedades, el fervor en la oración, el contento en la cruz, la paz en todas las cosas.

¡Oh, cuán verdaderas son estas palabras de los santos: «*El que ama á Dios, posee á Dios; quien posee á Dios, lo posee todo!*»